

A. Hernández Catá

Santa Elenita irá al infierno ⁽¹⁾



I, las dos hijas eran suyas; se llevaban entre sí cuatro años, y, sin embargo, a pesar de esos dos partos y de la convivencia conyugal con el hombre joven y vicioso, que después de malgastarle su patrimonio, la abandonó, era pura. Pura, porque jamás compartió ni entendió el pecado de la carne; pura, porque cerca de su sonrisa aún más inocente que la de sus hijas, las intenciones pecaminosas se detenían desarmadas, casi avergonzadas.

En medio de las gravitaciones de una existencia cuadriculada por la burguesía, su vida fué difusamente novelesca siempre. Hija tardía y única, creció en una atmósfera de principios pequeños y rígidos, entre ocultaciones, mimos y observancia estrecha de todas las exterioridades de la religión. Aprendió las primeras letras en los libros de rezos, y no tuvo otros amigos que los de sus padres, a cuyo lento ritmo vital hubo de aco-

(1) Desde Río de Janeiro en donde representa a su patria, nos ha enviado Alfonso Hernández Catá, especialmente para nuestra revista, este hermoso cuento.

modarse. De su mano paseó por los parques escuchando conversaciones que no entendía y asimilando árboles, senderos, floraciones y gentes, a los relatos, mitad inefables, mitad inmorales de la *Vulgata* familiar. Sin juegos, sin trato con otros niños, debió mustiarse o perecer, mas no fué así. La naturaleza igual que la divinidad, dispone para ciertos casos de vidas oscuras: Elenita creció fuerte, elástica. No ignoraba como venían los niños al mundo; pero por carecer de amiguitas con quienes establecer picardías y secretos, al oír formular las anfibología del regalo de París, o de la cuna traída a pico y alas por la cigüeña, ni por dentro se sonreía. Cuando el tiempo empezó a cuajar en su cuerpo curvas túrgidas, sus padres apenas lo advirtieron. En verdad, a pesar de los exteriores cambios, sus ojos seguían siendo dos ventanas abiertas a un paisaje de alma en primavera: primavera tibia, más de convalecencia que de despertar.

Y así pasó de la infancia a la juventud, exenta de transiciones y de sobresaltos, sin que las perspectivas de sus deseos cambiasen de rumbo. Fragante por fuera, mujer, seguía siendo por dentro niña, que todo lo dividía en los grupos simplistas de lo bueno y lo malo. Ni siquiera necesitaba esfuerzos para no otear por encima de las tapias del deber, porque el hábito la había hecho impermeable a cuanto «no debía pensarse ni hacerse». El temor de Dios era segura aduana de sus sentidos, y no dejaba pasar ninguna sensación equívoca. Dijérase que su pelo rojizo y su piel dorada, le

fuesen extraños. Su confesor, compañero de infancia de su abuelo, cuya única sabiduría estribaba en haber escuchado años y años, sin inmutarse, pecados de todas especies, sentíase maravillado ante ella, y, por conciencia y por finura, pasaba ya sobre el sexto mandamiento, como sobre un precipicio al través del cual se hubiera tendido el más sólido de los puentes. Todo era en Elena claro, recto, sin sombra de malicia; el anciano, al final de cada confesión, solía decir, en un latín que era lo único impuro que salía de su boca:

—Un poquito menos, y habrías sido tonta; un poco más, y habrías sido santa, Elenita.

De este modo, sin apartarse de su vida, le vinieron a Elenita, el noviazgo y la boda. Se enamoró a la primera salida, con tenacidad y convicción, razonablemente pudiera decirse, a pesar de lo absurdo de su elección, según se demostró en seguida; pero sin ese arrebató que constituye la atmósfera inflamada del amor. ¿Se enamoró? Se decidió a vida y muerte, que es una de las manifestaciones del amor, nada más. Y, empero, cuantas palabras cuerdas de oposición fueron pronunciadas, hallaron el mismo tesón que el amor loco habría encontrado. Le había llegado el tiempo de enamorarse, y con la sencilla tenacidad que era el pilar maestro de su carácter, aceptó al primero que se acercó a cantarle romanzas.

—Si me pongo en amores, es para casarme, le previno. Las postales que me ha mandado son preciosas, los versos también me gustan mucho, porque caen muy

bien y son muy románticos. . . Pero para mí ser novia es cosa de muy poco tiempo: el necesario para preparar la boda, nada más. Usted piense y haga lo que quiera. Cada cual es como es.

Y él, que le llevaba varios años, y que, precisamente, buscaba el casarse pronto, pues había investigado ya la cuantía de la fortunita paterna, aseguró:

—Claro, claro, mujer. La semana próxima hablo a tus padres, y empiezo a preparar los papeles mañana mismo.

En cualquiera otra, aquella exigencia habría podido envolver impaciencias fisiológicas o sociales. En Elena, no. Casarse era para ella una nueva estación, una morada necesaria, ajena al amparo sacramental y legal de los apetitos carnales. El verbo *conocer*, tan explícito en el Antiguo Testamento, carecía para ella de sentido. Llegó a la boda sin haber cambiado un beso con el novio, y aceptó las exigencias matrimoniales con resignación estupefacta, como otra servidumbre. ¿Aquello era la tentación, el pecado porque tantas se perdían? Cada aproximación del esposo era para su alma y para su carne humillación, desconcierto, suciedad. Por eso, cuando él se alejó de ella y tuvo en la calle diversiones, dió gracias a Dios. Y su primera hija fué muñeca que le permitió jugar en vivo el juego de la maternidad, ensayado antaño, sin sospechar que, para jugarlo en plenitud, fueran precisos tantos sinsabores y dolores. La segunda se debió a una sorpresa, cierta noche en que él regresó borracho, cuando hacia más de

dos años que toda relación marital estaba cortada entre ellos. Y otro lapso de agua subterránea volvió a arrastrar su vida por debajo de los arcos del calendario, en semanas y meses.

En la tarea de ocultar su drama—y lo hizo tan herméticamente que ni a sus padres, ni a la criada trascendió—su carácter sufrió alteraciones patológicas. Era un juego harto violento de pasiones, para que su ocultación no concluyese por relajar los músculos del espíritu. Había la vida visible, y la de ellos dos cuando estaban solos. En la primera, Elena sonreía, trajinaba, cantaba: era la hija solícita de siempre. En la otra había resistencias, insultos, palabras mordidas, horas y horas de inútil espera, cuando él se iba, después de acostarse los padres, y no regresaba hasta la madrugada. Y este reprimirse, engendraba, de tiempo en tiempo, iras tan explosivas que una noche en que él, estimulado por el alcohol y equivocado por todo un día de perfecto fingimiento, pretendió acercársele a solas para besarla, Elena se defendió con tal ímpetu, en silencio, que el tacón de uno de sus zapatos produjo ancha herida en la frente de él, para lo cual hubo de inventar justificaciones, creídas sin sospecha. Después de estas rebeliones, Elena recaía en una especie de marasmo, de vida automática. Y sólo hallaba consuelo en la penumbra de la iglesia, en la confesión, en largos llantos, en que se rebalsaba el tumulto del alma, dejándola, al fin, agotada y resignada para muchos días. Todo se había ido hilando en el huso de sus días, en

hebras de obligaciones acaparadoras y consoladoras también: primero fué el cuidado de las niñas; después, la enfermedad de los padres, que se borraron del mundo en donde apenas habían existido, sin sospechar que su Elenita era infeliz; luego el cuidado de las tumbas, a las cuales iba cada domingo, con sendas brazadas de flores que, delante de su pecho, parecían una continuación de florecimiento. Y por último, cuando la última resistencia económica consumiéndose en la especulación, quien sabe si infortunada, si maléfica, de un agente de bolsa, y el esposo que se había unido a ella por el dinero, la abandonó y se fué a otro país, al desaparecer éste, le llegó el cuidado de la vida en sus raíces de manutención, y pasó de la burguesía al trabajo, sin pena, sin queja, con aquella sonrisa mustia, donde la conformidad era fiel de balanza, entre algo irremediablemente pasado y un misterioso fantasma por llegar.

En su modesto puesto burocrático, fué casi reina: su señorío natural y su inocencia, la investían de una especie de jefatura, contra la cual ni las intrigas, ni los hijos de la camaradería nunca se atrevieron. La querían todos, y la consideraban a modo de préstamo precioso y frágil que era menester cuidar mucho. Las confidencias más delicadas a ella iban; y siendo tan poco dominadora, ejercía tutela, lo mismo que, siendo tan poco conquistadora, ejercía seducción suave hasta sobre los más hoscos. Su impermeabilidad a las solicitudes de pasión llegó a ser proverbial, y se la respetaba dispensándola, sin tildarla de orgullo, de la inasis-

tencia a los modestos festejos que, con motivo de traslados, ascensos y cumpleaños, solían organizarse. Era el suyo un aristocratismo involuntario ajeno a presunciones, y le bastaba sonreír para disolver las malas ideas y serenar los ceños.

Porque Elena era, al par, virtuosa y coqueta; es más quién sabe si por ser esto último, podía ser lo primero con tal naturalidad y desinterés. En el fondo de sus ojos chispeaban, a veces, maliciosas luces que, si el azar de la conversación sobrevenía, bajaban a crepitar entre sus labios, con palabras de broma fácil. Donde ella estaba, fría, lejana, inhibida, casi inasequible, la atmósfera sexual era más fina, más activa. Y, sin embargo, todos fracasaron con ella: lo mismo el tenorio impetuoso que se aventuraba en el primer minuto, que el falso melancólico graduador de miradas, de palabras y de actitudes; igual el aventurero dispuesto a casarse sin reflexión, que el vividor deseoso de hallar al mismo tiempo brazos para su ser y manos para el cuidado de sus hijos.

Nadie se explicaba como podía Elena complacerse en compañía de personas que le llevaban un cuarto de siglo por lo menos; mas lo cierto es que con viejas iba siempre, igual a las fiestas de iglesia que a los cinematógrafos; lo mismo a los veraneos que a los paseos dominicales.

—La van a volver fósil, Elenita: eso se pega, le bromeaban los compañeros jóvenes.

—Prefiero ir con ellas a ir con ustedes. Me entiendo mejor.

—A ellas si que les gusta, ¡no faltaba más! Se sienten más jóvenes. Pero lo de usted clama al cielo. Mire que no tiene cara ni cuerpo de santa; que cuando está contenta le bailan lucecitas en los ojos.

—Un hombre bastó para apagármelas todas, hijo.

—No sería uno verdadero. ¡Si viera cuántas falsificaciones hay! ¿Me deja decirle una cosa, sin enfadarse? Ud. le está haciendo falta a muchos hombres, a muchos, y a usted le está haciendo falta uno solo. No crea que me figuro que sea yo, no: uno que la merezca: fuerte, bueno, especial... Alguien en quien se haya esmerado Dios.

Y ella, poniéndose roja y casi colérica, cortó la conversación así:

—Si vuelve a hablarme de eso rompemos amistades. Voy con viejas, porque me siento vieja; porque es lo que me pide mi vida, y nada más. Pensar en un hombre fuera de la amistad, me da ira o náuseas.

Lo malo fué que el hombre que se metió en su vida no le dió lugar a pensar. Ella creía haber acabado para siempre con el amor y no había comenzado aún.

Algunos domingos por la tarde, agotadas ya las novenas y las visitas al cementerio, salía de paseo con su coro de ancianas a uno de los dos cerros que se alzaban dentro de la ciudad. El primero era grande, abrupto, y coronábalo una virgen de piedra. Se subía a él en un funicular, y a pesar de sus hotelitos, sus zonas de

recreo y sus arboledas trabajosamente plantadas, tenía algo imponente y antiurbano. Desde él la geometría de la ciudad aparecía clara, y por las noches la enorme constelación del alumbrado dibujaba en puntos suspensivos amarillos las rectas de las avenidas y el estrecho zigzaguo de las calles. El otro cerro, mucho menor, ajardinado, sometido a domesticidad mediante boscajes, barandales de piedra, fuentes, escalinatas y paseos entre glorietas y setos, era como un parque de la ciudad que, poseído por el amor, se hubiese levantado un poco sobre el nivel de la tierra. Desde la mañana a la noche, parejas de enamorados y estudiantes que creían ahondar en los libros, bajo el fresco rumor de los árboles y entre el concierto de los pájaros, lo poblaban. Esta circunstancia hacía que sólo de tarde en tarde y cuando no había tiempo para paseos más propicios el grupo se aventurase a escalar su pendiente suavísima, pues era casi imposible pasear por sus sendas sin interrumpir abrazos, frustrar besos y sorprender actitudes que obligaban a las viejas amigas de Elena a torcer el gesto, reprobatoriamente. Decir: «Nos hemos conocido en el cerrito» era dar pábulo a una sonrisa maliciosa. Y sin embargo, no fué en la frialdad sahumada e imponente de la iglesia, ni en el jardín equívoco del camposanto, ni siquiera en el grumo de cordillera coronado por la pétrea virgen, donde solía ir a cansarse y respirar altura, sino en el cerrito que a nadie engañaba, en el cerrito florido y umbroso bajo la adoración de Eros, su dios hostil, y rodeada de la

guardia Euménides ya de vuelta de toda voluptuosidad, donde Elena halló la llave de la penúltima cámara de su destino.

Un alto en el paseo y una presentación. El hombre no era joven: nada en él, ni la postura, ni la elegancia podía investirlo de ese prestigio de caballero refulgente que suele emplear el amor para sus batallas fáciles. Lo único que podía poner bruma de interés sobre su persona maciza de hombre maduro era su extranjería; y aun esa era una extranjería a medias: la misma raza, el mismo idioma. Representaba a una gran empresa comercial, y las canas que suavizaban sus sienes, lo mismo que la sonrisa que suavizaba sus facciones y jugaba con brillo inteligente entre su boca y sus ojos, podían anticipar una previsión de experiencia y entendimiento, mas no dejar suponer ninguno de los atributos avasalladores del seductor.

Se habló del tiempo, de las flores, de una fuente en cuya vena primero altiva y después desmayada, la mañana descomponía en colores maravillosos. Tal vez Elena advirtió que el deletreó su apollido y se ingenió para conocer la dirección de su casa. De todos modos, el primer nudo fué tan tenue, que ni la sospecha siempre en guardia de los vestiglos pudo encabritarse. En la despedida no hubo ni el menor acento en la presión de las manos. La vieja directora del grupo comentó:

—No es un muchacho, claro; pero es persona de bien y muy capaz, según dicen. Ya lleva dos años aquí.

Y la vieja número dos, que contradecía siempre a la dominadora sin lograr sacudir su tutela, dijo:

—Será. Pero a mí los extranjeros nunca acaban de gustarme.

Horas después todas habían olvidado el encuentro. El no: a él lo penetró el contraste de madurez y de infantilismo, la luz franca de las pupilas, el juego de curvas del cuerpo y, sobre todo, la blancura brillante de la piel. En su casa, mientras trataba de evadirse hacia su tierra, leyendo los periódicos recién llegados, se acordaba del paseo matinal, de la voz y de la presencia de Elena. Y al recordar su apellido, lo buscó en la guía de teléfonos, lo halló y luego no se atrevió a llamarla. «Si me hubiera llamado, no le habría vuelto a hablar nunca más», le dijo ella, cuando volvieron a encontrarse.

Casi de seguro, ni él ni ella podrían haber dicho, cuando empezó a apretar, cuando se hizo visible para ambos aquel primer nudo sutil, que hasta para las viejas pasó inadvertido. Desde luego, como siempre, Elenita estuvo varios días en guardia, y la primera vez que, tras varios encuentros, en apariencia casuales, anduvieron unos pasos juntos y él consiguió situarse ante ella y las niñas en las filas de gentes que sacaban entradas para un cinematógrafo ocurrió todo de un modo tan diáfano, que no fué posible rechazar el convite. La menor frase, la menor insistencia en el mirar, el menor intento de acercársele habrían determinado una reacción de huida. Pero ni un ademán, ni una palabra de ambigua inten-

ción estorbó el crecimiento de su confianza. Había en el tono de él algo para ella inusitable: una franqueza directa, de mirar al fondo de los ojos y de afrontar los problemas con una especie de brutalidad pura. Ni consejos, ni ese equívoco de lo paternal con que los hombres de alguna edad se suelen acercar a las mujeres jóvenes. «Usted me gusta, pero eso no quiere decir que la pretenda. ¿Comprende?». Cuando pasaban dos días sin verse, Elena lo echaba de menos. El era con las niñas severo y obsequioso.

—El día que vuelva a saber que no estudian, se acabaron los chocolates. Debían corresponder mejor a los esfuerzos de su madre.

Y en seguida, dirigiéndose a Elena:

—Conste que no quiero adorar el santo por la peana.

Estas dos frases, las únicas escapadas de la órbita de la amistad, suscitaron la primera separación. Elenita reprochóse haberse dejado resbalar por el plano inclinado de los halagos, el haber aceptado invitaciones, y huyó. Eran unos días feriados y los aprovechó para sumergirse en la iglesia con sus viejas, que ya empezaban a engarzar la palabra ingratitude en sus rosarios.

La alegría de la recepción fortificó el propósito de echarse atrás: Sí, había sido irreflexiva, vana. Su anciano confesor de siempre acababa de morir y ello le impidió buscar alivio en el confesonario, pues por instinto le repugnaba desnudar su alma ante gentes nuevas, aun ante un sacerdote. El primer día que volvió al trabajo

tuvo un sobresalto que concluyó en inconfesada decepción al no verlo en el sitio donde se solían cruzar. Podía haberse hecho el encontradizo . . . Pero no. El no era de esos. Tampoco había llamado por teléfono a pesar de tener ya cierta confianza. A lo mejor se había ella confundido y las palabras no tuvieron ninguna intención. Dos días después, al bajar del tranvía, se tropezaron. ¿Casualidad? Quién sabe. El la saludó como siempre. Nada le dijo; pero el velo de tristeza que caía de sus ojos envolviéndolo todo, le reveló que aun cuando las palabras hubiesen sido bien interpretadas, el castigo había sido hartamente duro.

Y el fondo sentimental de Elenita sorprendióse anhelosamente al recibir los efluvios de aquel dolor causado por ella. Estaba tan hecha a ser la que sufría, que quedó abismada. Lo hubiese consolado, le hubiera pedido perdón, se habría echado a su cuello.

—No quiero que esté así—le dijo.

El sonrió. Se tendieron las manos y, sin apretárselas, suavemente, pasó de uno a otro la onda cordial. Siguieron andando sin aludir ya al tropiezo; pero del encuentro salieron citas para nuevas entrevistas, un convite a tomar el té, un paseo al campo con las niñas, una ida al cinematógrafo. Y luego, en cada uno de esos lugares la confianza fué creciendo, creciendo.

Elenita se sentía feliz. Nada había en él de palabras turbias, de carnalidad; en todo intercambio lo amistoso y lo espiritual destacaban su supremacía. Sin responder a ninguna pregunta, él llegó a saber todo su pasado

y puso a su delicadeza un acento de ternura especial. Lo que Elenita conservaba de niñez sentíase arrullado, mecido por aquel cariño serio, tutelar, respetuoso y, empero, tan visiblemente viril que su fondo de mujer débil sentíase protegido. La primera vez que estuvieron solos, ya ni siquiera tuvo miedo.

Las viejas, en tanto cuchicheaban, protestaban a cada domingo que pasaban sin verla. Venteaban el peligro y eran todas resquemor y murmuraciones. También en la oficina notaron el cambio y hubo comentarios.

Una noche él, por teléfono, le dijo:

—Aunque pagué tan caro mi franqueza de la otra vez, prefiero que huya y perderla, a engañarla... Y a veces tengo escrúpulo de hacerle daño, Elena: Es usted tan indefensa, tan distinta a todas...

—No crea. No se fie.

—Pero no tendrá necesidad de huir: bastará con que, sea cuando sea, me diga que no quiere verme más, para que yo, sin pedirle ni una explicación, se lo juro...

Y ella, por reacción orgullosa y también cariñosa, repuso sin dejarle concluir:

—Bien, tomo nota de su juramento. Si usted es como yo creo que es, como se me ha mostrado, no tema. Yo sé lo más que puedan decir y me importa menos que perder su compañía. Si mantiene su invitación, mañana tomaremos el té.

En aquel té campestre, paseando por una ladera,

teniendo a la derecha estribaciones de sierra, donde ya pesaba la noche y a la izquierda últimas y exasperadas lumbres de sol, hablaron a fondo. El, por primera vez, se expresó con vehemencia. Nada más ajeno a su carácter que las precauciones, los planes, las tácticas. La quería como hombre a mujer, y sufría de su frialdad, de su asexualidad. Mas eso no implicaba que pretendiese violentar su naturaleza, ni quebrantar sus designios. Y no era sacrificio ni santidad, no: Con darle la mano nada más, ella le proporcionaba más voluptuosidad que otras con darse íntegras... Y, después, mitad en el tono de un amigo mayor, mitad en el de un médico, le habló de que aquellas sus desigualdades de carácter que iban desde la razón más minuciosa hasta casi el paroxismo, pasando por zonas de tristeza e inhibición casi vegetativa, provenía, sin duda, de la contradicción entre su conducta de vieja y su naturaleza joven; entre su abstinencia y su esplendor de mujer. Otro cualquiera no hubiese podido decir, ni aun nebulosamente, la quinta parte de aquello que él decía tan a las claras, sin provocar ruptura inexorable. A él lo oyó, es más, lo escuchó. Ahora todo su ser era sumisión y gratitud. Y cuando al término de la plática casi cruda él quiso poner una imagen poética y aseguró que ella era allí, en el campo, otro testimonio vivo de la primavera, hasta sonrió levemente, agradecida. Si en el momento en que él pasó a hablar de otra cosa, al cogerle cariñosamente la punta de la barba, cual si se tratara de un niño obstinado, la hubiese atraído

hacia sí, para besarla, Elena no habría podido resistir. Acaso, sin darse cuenta, esperó ese ademán. El no lo embozó siquiera. Volvió hacia otra parte la vista, tal vez para huirle a la tentación, y ofreció con voz seria:

—De mí no recibirá jamás nada que la moleste, Elenita. Recuerde lo que he jurado. Antes que renovarle la impresión odiosa y casi justa que tiene del hombre, lo prefiero todo, hasta perderla.

Y siguieron otros días de paz, de paseos, de dulce sonrisa. Ya se decían que se querían y escapaban, con tretas urdidas por los dos, a la persecución de las viejas, que iban comunicando, aviesamente, a todos los amigos de la casa el cambio de Elenita. «¿Qué le había dado aquel hombre para que ella, ella que era el orgullo del grupo, perdiera así el compás?». «Vivir para ver». «Razón tengo yo para que no me gusten los extranjeros nunca». Feliz, en una suerte de suave delirio, Elenita desoía los ecos del torrente de censuras, sacudía de su pelo rojizo las briznas de remordimiento y preguntaba:

—¿Verdad que no le hacemos mal a nadie? Si ellas supieran como usted es conmigo y con las niñas. ¡Como nadie ha sido conmigo en el mundo! Por eso piensan el mal. Y lo peor es que ahora yo soy tan feliz, tan feliz, usted no lo es.

En vano él denegaba. De tiempo en tiempo, tras de su placidez o de su exaltación venturosas, emboscábase una sombra que ella percibía, de la cual conocía el cubil. Y eran breves eclipses, separaciones excesivas,

cuando un contacto fortuito los juntaba en el bamboleo del automóvil, en la vecindad de los teatros. Seré yo una enferma, una mutilada quizás, cuando queriéndolo así no siento lo que siente él. Y es tan bueno, que me tolera y me perdona. ¿Qué cosa inmensa es el amor, que teniendo recibido toda el alma, lo más, sufre porque se le niega lo menos, el cuerpo? Ni un punto, sin embargo, la dedicación, la obsequiosidad y el puro agrado de estar con ella disminuían. Y eso llegó a engendrar en la mente de Elenita, tan propicia para los estados obsesivos, un descontento de una impresión de egoísmo, de deuda, de mal proceder. Mientras más arreciaba la reprobación de «sus viejas» y de los antiguos amigos de la casa, todos supervivientes de otro mundo ya en fosa, más se sublimaba en su conciencia la conducta de él, que nada pedía, que ni siquiera suscitaba o aprovechaba las ocasiones de poner a prueba su flaqueza. Una tarde, estando solos en su casa—las niñas no habían regresado aún del colegio—Elena sintió tanto miedo, que huyendo hacia delante sentóse a su lado, rígida y con los ojos nublados de lágrimas, le dijo:

—Yo quiero ser tuya del todo; yo no quiero que tú sigas sufriendo.

Y se tiró contra él cual si se lanzara a un precipicio.

Las manos viriles la repelieron con dulzura, y tras un silencio, la voz completó:

—No, Elenita, así no. Si algún día puede ser sin

que tú te sientas humillada, casi inmolada será. Así no. Yo te conozco y le temo a tus después. Recuerdo todo lo que me has contado. Si uno de los dos ha de penar, que sea yo. Es lo justo... Te quiero tal cual eres y no necesitas cambiar. Ea, dame esos ojos a besar, que ya es mucho más de lo que merezco, y basta de lágrimas. Vámonos al cine sin esperar las niñas.

Y se fueron y no ocurrió más. Pero la simiente puesta con tal delicadeza en el surco, no tardó en dar su brote. Sucedió de un modo tan natural, tan distinto a la violencia acometedora por ella recordada, que ni un minuto el espíritu y la ternura dejaron de estar presentes en la fiesta de la carne, y a pesar de todos sus prejuicios no pudo guardar en la memoria rencor. Puesto que para él aquello era la prueba del cariño completo y a ella no le producía más que molestia, ¿qué menos podía sacrificarle? Pero a él no le bastó con esto.

Avergonzado del egoísmo de servirse de ella, de gozar de ella, obligándola a entregarse fríamente, puso toda su sabiduría y su delicadeza de hombre en despertarle los sentidos, y a fuerza de amor obtuvo que Elenita se complaciese en la perfección de su ser físico, y que algo del deleite que su tibieza fragante emanaba, refluyese sobre sí misma. Entre rubores, entre recatos, avanzando contra sobresaltos de conciencia, Elenita llegó a arder en esa llama del amor absoluto, para la cual el alma es pabilo y la carne cera. Y sin que ella pudiese frenarlo, un contento casi insolente empezó a

brillarle en los ojos, en los poros, en la viveza del andar, en el muelle modo de estarse quieta, y en el rejuvenecimiento y misteriosa diafanidad que adquirirían sus vestidos. En la oficina se murmuró, y las viejas se reunieron en agorera asamblea para salvarla, era como si el aire, las rosas, las florecillas silvestres de los caminos, el cielo, las nubes, los colores, todo lo que había estado casi siempre callado para ella, le hablara en secreto de su piel, de sus ojos, de su boca, del sonido de ciertas palabras, del agobio dichoso de ciertos abrazos; del realce de la carne en ciertas penumbras, de la cantidad de goce, de impaciencia y de feliz agonía que cabía en ciertos suspiros y en ciertos silencios; era algo maravilloso, leve, incomparable, y al mismo tiempo tan sutil, de fragilidad tan condenada fatalmente a perecer, que añadía al goce, el miedo de estarlo gustando cada vez por vez última. Fué un tiempo sin reloj y sin calendario: tiempo de verdadero amor, Y esto era en su naturaleza, hasta entonces tan apagada, lo mismo que un cartel de escándalo, legible, no ya por las viejas y por sus compañeros de trabajo, sino por quienquiera que se fijase en ella. ¡«Quién iba a pensar! ¡Quién iba a pensar!»». Dijérase que cada uno de aquellos besos tan silenciosos y gustosos, resonase contra el andamiaje social o a modo de martillazos precursores del Apocalipsis. Hubo reuniones secretas, rogativas, planes. El más anciano amigo de su familia, fué sacado de la antesala de la muerte para que viniese a abrirle los ojos a la desdichada. Y como nada de eso diese resul-

tado, las guardadoras de la castidad apelaron al recurso supremo, y una mañana, muy temprano, se presentó un sacerdote a verla.

Elenita tembló. Durante los tres últimos meses, los sucesos de la ciudad no habían podido penetrar en su atmósfera ígnea, sino amortiguados; mas al punto comprendió que aquel clérigo joven, recio, con algo de campesino en los ademanes y en la frente angosta, era el famoso jesuíta que había heredado el rebaño de su viejo confesor, y que, con su elocuencia y su disciplina de soldado de la compañía ignaciana, estaba substituyendo la devoción muelle, por el duro ardor que permite forzar las puertas del cielo.

—Perdone, señora, esta iniciativa que, en realidad, no es mía. Aunque algunos creen que es un médico quien ha debido venir, y no yo, aquí estoy. Y le repito que no por mí.

—Ya sé quien lo manda.

—No, no lo sabe usted... Me manda su madre: Desde el otro mundo se puede mandar también. Pero yo no he venido a discutir ni a amonestarla, sino a transmitirle lo que ella, valiéndose de un sueño mío, en el cual la he visto con la misma claridad con que la estoy viendo a usted ahora, me ha pedido que el domingo próximo, en vez de llevarle flores casi impuras, cuyo perfume no puede llegar hasta ella, le dedique usted una ofrenda última, y vaya a confesarse al mismo confesonario de su parroquia de siempre, donde usted se confesó de niña, y ella se confesó

hasta casi la víspera de morir, sin reparar, en que ya no esté dentro de aquel sagrado recinto, el anciano sacerdote que oyó sus primeros pecados, cuando casi no lo eran, cuando todo hacía esperar que había venido usted al mundo para complacer a Dios y honrar a la Santa Madre Iglesia. Pero no he venido a amonestarla, ni hacerle ver lo que, sin duda, usted cierra los ojos para no ver, sino a transmitirle un recado, que usted puede aceptar o no, según su conciencia de católica y de hija. Perdone... Buenas tardes, señora.

La emoción fué tan grande que no pudo salir y avisó a la oficina. El también fué avisado por la niña mayor, con el ruego de que esperase noticias, antes de intentar verla. ¡Ya estaba lo temido allí! ¡Ya había sido pinchado por el alfiler del destino, el globo encantado de sus goces! Ya no más caricias, no más vestidos etéreos: ¡A la vejez y al deber otra vez! Y dos días después, los fieles muy matinales de la parroquia, pudieron ver alzarse de un confesonario, con las piernas vacilantes de entumecimiento y los ojos quemados de lágrimas, a una especie de anciana joven que salió del templo con paso sonambúlico.

La elocuencia del confesor pudo enorgullecerse. Pocas veces una victoria más completa contra Satán fué conseguida. Arrancándola del presente culpable, todo su pasado le fué devuelto, le fué incrustado de nuevo en el ser con mano recia, en nombre de la eternidad; y se le exigieron promesas juradas antes de absolverla. No, no lo vería nunca más. Se mudaría aquel



mismo día de casa y quitaría el teléfono; él, el confesor, se encargaría de que le dieran una licencia en la oficina, y se iría con las niñas a una playita incomunicada a pasar dos o tres meses, los de verano, que eran después de los de primavera, los más peligrosos. Puesto que él había jurado aceptar, en cualquier momento su decisión, bastaría hacércela llegar en una carta severa, que no dejaba lugar a dudas ni a esperanzas: él la redactaría y la haría llegar a sus manos. Si quería rescatar el alma, era preciso acudir a los recursos extremos. Sobre todo, nada de escuchar al tentador una palabra, nada de leer una sola línea en caso de que se la enviase por cualquier conducto. Y si no bastaba eso, siempre había medios de hacer pesar sobre él, sobre sus intereses comerciales, hasta sobre su permanencia en el país, fuerzas que lo obligasen a dejar en paz la pobre oveja anhelosa de volver al redil de Dios, luego de haber estado a pique de despeñarse risco abajo, hasta el Infierno. Aquellas palabras suaves, aquel portarse bien con las niñas, aquel llevarla por la vida como en volandas, sin dejarla tropezar con nada del camino, en vez de encomiarlos y agradecerlos, Elena los debía execrar: eran viejas añagazas del Malo, bien conocidas por la Santa Madre Iglesia. Si aceptaba, si se ponía por completo en sus manos, que eran, en el fondo, las de su madre guiándola aun desde el otro mundo, él intercedería confiado en la infinita misericordia del Señor. Si rehusaba, la dejaba para siempre en las garras de Lucifer, que no tardaría

en mostrar las pesuñas tras el engaño aterciopelado de las caricias. Elenita, aterrorizada aceptó.

Cuantas tentativas efectuó él para acercársele fracasaron. Habitado a sus alternativas de goce infantil y de escrúpulos morales, sociales, y hasta teológicos, se abstuvo unos días en espera de la venturosa resaca. Como transcurrieron los días y no sobrevino, investigó, buscó por todas partes, lleno de angustia, con disimulo, por su falta de derecho, y por la conciencia de cuanto había de ridículo a su edad en aquella persecución.

¡Ah, si él pudiera decir, explicar!... Habían vivido los dos en un círculo mágico, dentro del cual lo más vitando y absurdo se hacía puro y naturalísimo, y el círculo acababa de ser roto. Jamás como entonces, sintió su extranjería. Buscó a las niñas en la escuela, y no las halló; fué a preguntar a la oficina, y nada pudieron o nada quisieron decirle. Tuvo hasta intenciones de utilizar detectives; paseó a todas horas por los sitios en que una remota esperanza de hallarla existía—la iglesia, la calle de la modista, las estaciones de ferrocarril, el cementerio, y escribió inútilmente cartas, cartas, cartas... Las palabras más apasionadas, los recuerdos más acendrados, las promesas, las desesperaciones, las quejas quedaron infecundas en el papel y volvieron a sus manos, días después, con los sobres intactos. Luego se dejó dominar por la exasperación, bebió, y empezó a confiar en el acaso y a entregarse a remembranzas, cuyos perfiles tan pronto per-

dían firmeza, como adquirirían furiosa dominación de presente. En los reflejos de calma decíase: «Le prometí respetar su voluntad, y debo hacerlo. Era demasiado bueno para que durase, y a la fuerza sería imposible repetirlo... Casi es mejor que no la vuelva a ver». A veces dudaba de si estaba aferrado a un sueño, o a una imagen real. Así pasó el verano, y Elena volvió. En verdad, la precaución del viaje, apenas si habría sido menester, porque su aspecto cambió tanto que las únicas que la reconocían por completo eran sus salvadoras: ya era Santa Elenita otra vez; más Santa Elenita aun que antes. La vieja destacada como solícita compañera de veraneo, y en realidad como incorruptible vigilante, trajo el informe salvador: «El milagro estaba hecho... Ya, desde hacía más de un mes, Elenita no lloraba, no suspiraba, no sonreía a solas... Respondía acorde, rezaba con fe, y comía lo suficiente para sostenerse». Al volver, de negro, con la cabeza hundida entre los hombros enjutos, oculta bajo anacrónica golilla, el cuello y el comienzo del pecho que eran la tersa pendiente por donde resbalábale hacia el cuerpo la voluptuosidad, Elena era casi otra. Los mozos de los restaurantes, los porteros de los cinematógrafos, las vendedoras de flores y de bombones no hubieran identificado a la cliente casi alada de unos días antes; y acaso él, de encontrarla, tampoco. ¿Cómo explicarse con criterio profano el que una mariposa repliegue sus alas de fulgor, caiga a tierra, y vuelva rastreando a meterse en el capullo negruzco que abando-

nó por inservible para emprender el vuelo? El vuelo supremo vendría, precisamente después de abandonar ese lastre que la apegaba a los deberes de la tierra—decían las viejas—repitiendo las palabras del sacerdote autor del milagro.

En ese capullo que las oraciones hacían vibrar y las obligaciones estarse quieto, pasó Elena el otoño. Las viejas la cuidaban con mimo hermano del de la ogresa que cebaba a los niños destinados al futuro festín. Un letargo de aceptación regía su vida. Su piel no era ya su piel. Su boca sólo era ya para la alimentación, para los trisagios, para las palabras cotidianas del afán casero. En la oficina solía permanecer a veces con algo extático, como si estuviera en la iglesia; y en la iglesia con la familiaridad tediosa con que se está en las oficinas. Pasaba días enteros sin echarlo de menos, y su imaginación habíasele resecado tanto que ni pudo presentir aquella carta última en que él le decía: «No me queda sino aceptar tu voluntad. Has sido lo mejor que me ha dado la vida, y si te he perdido por torpeza o por falta de valor, nunca la estupidez y la cobardía habrán sido más castigadas. Si en mi cariño no hubiera tanta estimación te seguiría buscando, importunando, hasta encontrarte y poder preguntarte, cara a cara, qué te he hecho. Por respeto, renuncio. Si ya no me quieres ver ni oír, lo demás no importa. Besa a las niñas en mi nombre. Si pudiera irme de aquí, me iría. Tal vez pueda hacerlo dentro de un año y entonces ni el

riesgo de encontrarnos por casualidad existiría ya. Adiós».

Pasó el otoño, la cordillera se nevó toda, y vientos, nieblas y noches largas estrecharon los días invernales. Cuando en los troncos de los árboles empezaron a presentirse brotes tiernos; cuando el aire se tornó leve y tibio y las primeras carnes fragantes de mujer empezaron a desprenderse de las pieles y de las telas gruesas, Elenita siguió usando los mismos vestidos y no despertó. Hacía ya varias semanas que había destruído todos sus recuerdos y que ninguna voz ajena al angosto presente resonaba dentro de ella. Sus hijas, aventadas por la dispersión infantil no necesitaban ya gestos ni amenazas para no aludir al pasado. Y sólo la naturaleza parecía querer recordar. Rama a rama y flor a flor, la primavera siguió avanzando a paso de danza. Las mañanas eran cada día más eufóricas; los mediodías tenían ya suave mollicie; por las noches todas las estrellas parecían nuevas en el cielo sin nubes. Ya pronto haría un año, ¡un año! Ella no faltaba a ninguno de sus deberes, ni parecía sufrir. Las mismas viejas consideraban el pasado a modo de pesadilla liquidada y merecedora de olvido. Elenita no recordaba, no recordaba con la memoria y, empero, al pasar en tranvía frente al cerrito del amor, el de los bancos confidenciales entre biombos de jardinería, su barbilla hundíase en el pecho. De tarde en tarde, nadie sabe de cuales florestas lejanas, o de cual remoto rincón de su ser le venía algo, como perfume, como un grito que la

hacía detenerse asustada. Otras, cuando pasaban junto a ella parejas de enamorados, cerraba los puños y los ojos . . . Empezó a despertar a tener miedo. Y la imagen que ella había borrado de su visión se le apareció un día, de súbito, real y tangible, sin que la hubiera podido presentir para esquivarla.

Lo vió a muy pocos pasos en una calle céntrica, del brazo de otra mujer blanca y de pelo rojizo, que debía parecerse a lo que ella misma había sido en la misma época del año anterior; pero algo más joven, bastante más joven. El la ayudó a descender la acera, y Elenita se quedó atónita, paralizada, mirándolos con los ojos muy abiertos, sin ser vista. Cuando pudo recobrase y la cólera se abrió en su ser igual que una granada, ya estaban lejos.

Santa Elenita no los siguió, llamó un automóvil, fué a su casa, de donde descendió en seguida después de haber cogido algo de la gaveta de su armario, y dió la dirección de la iglesia. Traspuso las escalinatas, sumióse en la penumbra y allí todo ocurrió con rapidez certera, bajo la mirada impasible de las santas imágenes. La vieja que estaba de rodillas junto al confesonario, fué echada lejos, una mano avanzó, hubo un relámpago un trueno leve y de entre el roble del confesonario, un cuerpo envuelto en negra sotana cayó sobre las losas, sin vida.